

ADULTAS. MUJERES. ELLAS.

Eugenia Scirpo¹

“Creo que cuando se es joven, la vejez se ve lejos como la luna”.

“No es que yo repita siempre lo mismo, sino que tengo cada vez menos público”.

“Ya no me interesa seducir a nadie con una melena larga”.

“Los pocos que llegaron a mi edad en pareja, el hombre está hecho bolsa y la mujer está muy bien. Entonces, es un lastre para la mujer. De mi edad son: o viudas o divorciadas”.

“Una pastilla para despertarme, otra para dormirme, una para reírme y otra para llorar”.

“Hay discriminación. Las ideas de belleza e inteligencia se unen a la de juventud”.

“¡Ella no es vieja!” (la madre de 86 años se refiere a su hija de 60 años).

¹ Lic. en Sociología, UNCuyo. Doctoranda en Cs. Sociales, UNCuyo. Esp. en Salud Soc. y Comunitaria, UNCuyo - Mrio. de Salud de la Nación. eugscirpo@yahoo.com.ar

“¡Tomate las pastillas! ¡Ojo con la escalera! ¡Cerrá bien la puerta! Imaginate que si están todo el tiempo retándote, te sentís re mal, te asustás”.

“Los nietos chiquititos que tiran todos los juguetes y tenés que ir agachándote, ya no te da el físico para cierto tipo de cosas”.

“Nos encontramos cada vez menos por eso, por cuidar de los nietos”.

“Yo no soy abuela”.

“Yo no soy su abuela”.

INTRODUCCIÓN

Envejezco hace todos los años que tengo. No paro de envejecer y tampoco quienes me rodean, algunos/as van más atrasados, otros/as más adelantados. Escribo convencida de la relevancia subjetiva, social y política que tiene pensar las vejeces, pensarnos envejeciendo y envejecidos/as. Por ello, propongo que nos preguntemos: ¿en *qué sociedad* viven las mujeres que se expresaron con las frases anteriores? ¿En qué sociedad envejecemos? ¿Cómo *se determina socialmente la forma* que adquieren los procesos de envejecimiento? ¿Qué ideas, qué *imaginarios sociales* impone sobre las vejeces femeninas? ¿Qué elementos o recursos utiliza y quiénes los manejan? ¿Con qué intereses?

Desde el 2010, en Mendoza, empecé a investigar acerca de las prácticas e imaginarios sociales sobre los procesos de envejecimiento femenino, elucidando cómo estos repercuten en las subjetividades y en las conductas que adoptan algunas mujeres. Así, sostuve una serie de entrevistas con adultas mayores con diferentes condiciones sociales. Ellas, 26 mujeres cuyas edades oscilaban entre los 55 y los 86 años. Cuatro de las cuales eran inmigrantes; otras cuatro

vivían en condiciones de hacinamiento²; tres vivían en Europa; tres, en geriátricos; dos se desplazaban en silla de ruedas y cinco ya han muerto. Todas tenían algún tipo de cobertura médica; la mayoría tenía estudios secundarios completos; la minoría era analfabeta; algunas, profesionales; unas cuantas, jubiladas; unas pocas todavía trabajaban fuera de casa. Así como eran pocas las que participaban en actividades recreativas y solo dos eran militantes políticas. La mayoría de estas mujeres lucía los cabellos cortos. Muchas tenían una ingesta diaria de cinco o más medicamentos, psicofármacos incluidos.

Debí construir una matriz de análisis que conjugase diversas corrientes científicas y que fuese permeable al carácter vivencial, cotidiano, psíquico, corporal y colectivo de los procesos de envejecimiento. Así, me valí de los aportes de las corrientes de biopoder y de las de sexuación del poder desarrolladas por los Feminismos.

Tras el análisis de los testimonios identifiqué tres grandes dimensiones interrelacionadas: *sociabilidad*, *corporalidades* y *temporalidades*. En este artículo nos enfocaremos en los principales hallazgos referidos a la dimensión sociabilidad mientras que en publicaciones futuras nos ocuparemos de las dos restantes. Después, arriesgo algunas conclusiones que nada concluyen puesto que los/as adultos mayores están siendo parte y contra-parte de esta Argentina de comienzo de siglo, están *sabiendo* y *haciendo* como *pueden* para vivir y morir en esta sociedad, como hacemos a cualquier edad, ante cualquier situación...

1. SOCIABILIDAD

“Me molesta cuando leo en el diario y dice ‘un sexagenario’ y yo tengo 65 años y que me digan sexagenaria no me gusta”. (G.)

“O ‘una anciana de 60 años’ (...)”. (C.)

² Si en un hogar duermen tres personas o más por habitación, excluyendo la cocina y el baño.

“¿Qué palabra usarían ustedes? (Pregunta)

‘Las chicas’ [ríen]. ‘Señora.’ ‘Señora mayor.’ ‘Persona mayor’”. (G. y C.)

“Se ha hecho un endiosamiento de la juventud y lo que se busca es no perderla. Entonces, empezamos con tratamiento a los 40 años para que lleguemos a los 60 y parezca que tenemos 40”. (A.)

La sociabilidad da cuenta de las posibilidades y las formas de establecer vínculos interpersonales que tienen las mujeres mayores según el lugar que ocupan en las diferentes instituciones debido a las divisiones socio-sexuales del trabajo y de género. En esta arena intervienen características específicas como las situaciones familiares, culturales, habitacionales, sanitarias, de cuidados en caso de necesitarlos, mediáticas, comerciales, religiosas y políticas.

1.1. LAS MULETAS DEL ENVEJECIMIENTO: EL CAPITALISMO Y EL HETEROPATRIARCADO

A pesar de la máxima que expresa que se envejece desde el nacimiento, el Estado argentino -como muchos otros- se basa en un criterio cuantitativo para establecer que un/a sujeto es adulto mayor si su edad es igual o mayor a 65 años (Gascón y colaboradoras, 2007).

“Tradicionalmente la vejez ha estado asociada con el concepto de edad cronológica, es decir con una referencia externa que permite objetivar el paso del tiempo. Objetivación que es posible merced a la aceptación como natural de ciertas unidades de medida (en el caso de nuestra cultura los años del calendario). (...) Este proceso oculta el carácter social (esto es histórico, contextual, relacional y posicional) que opera en la definición cultural de la vejez y el envejecimiento” (Yuni y Urbano, 2011, p. 35).

Envejecer es mucho más que llenarse de años, explicarlo es mucho más que describir enfermedades clínicamente y comprenderlo es mucho más que victimizar o exaltar a los/as viejos por ser viejos. Veremos más adelante que las ciencias (Medicina y la Biología), el mercado y demás instituciones (medios masivos, familia patriarcal, credos); dotados de poder y hegemonía, han monopolizado los procesos vitales y mortales: lo que se dice de los envejecimientos y lo que no. Es decir, los criterios numéricos no son caprichosos, se vinculan con las relaciones de poder y de (re)producción de la sociedad y aluden a varios asuntos, como por ejemplo la clasificación de las personas en “económicamente” activos o inactivos.

“Muchísimas cosas podría hacer el Estado. En principio, que no pongan límites para el trabajo sino que el límite esté dado por la condición psico-física, no por la edad”. (S.)

“Yo me recibí con 55 años, fui a firmar un contrato, vieron mi DNI que comienza en 6 millones y me preguntaron si no era jubilada”. (N.)



Foto: Colectiva Vulvalsur

Acordemos que la sociedad argentina se caracteriza por ser capitalista y heteropatriarcal, su entramado social se teje con dos madejas: el *capitalismo* y el *heteropatriarcado*. En este entramado, el primero se relaciona con el modo de producción social y económica que define la forma que adquirirán las relaciones de producción (Harnecker, 2005). Mientras que el segundo indica un modo asignador de sexualidades binomiales (varón-masculino o mujer-femenino) y sus respectivos roles, moldeador de la forma que adquieren las relaciones entre los/as sujetos, distribuyendo poder asimétricamente en favor de una masculinidad hegemónica.

“El patriarcado es la institucionalización del dominio masculino sobre varones, mujeres y niños en la familia y la extensión del dominio masculino sobre las mujeres a la sociedad en general.” (Mizrahi, 2011, p. 15).

El resultado de este proceso es la constitución de una sociedad cuyo requisito de crecimiento es la exclusión sistemática de la mayor parte de la población. Para Foucault (1992), el poder circula en el seno mismo de las relaciones entre las personas, está presente y es actuado en cada una de las esferas de la vida humana: la pareja, la filiación, el trabajo, la salud-enfermedad, las juntas vecinales, los movimientos culturales.

La presencia de las redes de poder es posible por el operar incesante de mecanismos de control objetivos y subjetivos, llamados así porque regulan la vida y sus formas. De ahí la denominación *biopoder*. Por ejemplo, los mecanismos de control vinculados a los procesos demográficos, como el aumento de la esperanza de vida, las variaciones en la tasa de natalidad o en los patrones de morbilidad y de mortalidad. De hecho, Foucault advierte que este poder administrador de la vida se ha venido desarrollando desde el s. XVII a partir dos polos entrelazados:

“(...) el primero en formarse, fue centrado en el cuerpo como máquina: su educación, el aumento de sus aptitudes, el arrancamiento de sus fuerzas, el crecimiento paralelo de su utilidad y su docilidad, su integración en sistemas de control eficaces y económicos, todo ello quedó asegurado por procedimientos de poder característicos de las disciplinas: anatomo-

política del cuerpo humano. El segundo (...) centrado en el cuerpo-especie, en el cuerpo transido por la mecánica de lo viviente y que sirve de soporte a los procesos biológicos, los nacimientos y la mortalidad, el nivel de salud, la duración de la vida, y la longevidad (...): una biopolítica de la población". (Foucault, 1987, p. 168)³

Cuando hablamos de *condiciones materiales de existencia* y de *condiciones simbólicas* nos referimos a las circunstancias, a las situaciones que nos hacen quienes somos. En otras palabras, las prácticas e ideas que se relacionan con los procesos vitales (y mortales) están determinadas por las características de la sociedad en cuyo seno los/as sujetos nos constituimos como tales.

"Hacia la vejez adviene una reconfiguración de la dimensión psíquica del cuerpo, una reelaboración psíquica de la imagen de sí y de la relación con el propio cuerpo."

Los Feminismos han dado cuenta de la importancia de la sexuación del poder como ingrediente fundamental de este cóctel biopudiente. El mismo consiste en dotar de autoridad a un sexo (con gametas masculinas) definido en términos binómicos y biológicos, al mismo tiempo que se inferioriza al otro (con gametas). Lentamente el biopoder que implica un poder que actúa sobre los/as sujetos, la población y las sexualidades ha tenido que ver con el surgimiento de disciplinas como la Gerontología, la Geriatría, la *gerontologización* de la falta de memoria, de los cabellos cortos, del aislamiento, de la soledad. También se relaciona con la feminización de la viudez, con el fomento del consumo de productos para mantener la turgencia, con el discutible mandato de "envejecimiento activo" (natación, caminatas, yoga,

³ Si bien la cita corresponde al capítulo V "Derecho de muerte y poder sobre la vida" de la *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*, el autor desarrolla estos conceptos en unos cursos que dictó en el Collège de France, París 1978-1979.

pintura, tejido, cursos de estimulación cognitiva). Incluso con el encarecimiento de la vejez sin que ello conlleve una mejora sustancial en la calidad de vida.

“(…) me llegan por debajo de la puerta papelitos de propaganda que haga cursos de PC, que haga cursos de yoga. Pero creo que eso es una... es como para sacarnos de la abulia. Porque la vejez es abúlica, eh?” (B.)

“Tengo miedo de la soledad”.

¿Y qué relación tiene la vejez con la soledad? (Pregunta)

Y... mucha, porque quedé sola y una se siente asfixiada. Esta es la tristeza: nos falta compañía, nos falta quien nos quiera”. (C., vive en un geriátrico.)

“Un cabello largo en una persona ya setentona parecen brujitas, arrugadas, parecen brujas. Entonces, el cabello corto.

- ¿Ni aunque sea un cabello muy lindo? (Pregunta)

No, igual parecen brujas. Igual, por más que se tiñan. No, yo siempre me teñí. No, no, a mí me hubiera gustado tener siempre una apariencia joven”. (R.)

“Empezamos con tratamiento a los 40 años para que lleguemos a los 60 y parezca que tenemos 40. O sea, me gustaría estar mejor. Cuando tenga dinero suficiente me voy a hacer [se estira con las manos la cara]”. (N.)

“No, yo tengo todo, no quiero más nada, ni ropa. Lo único que gasto mucho en calzado, las zapatillas me duran menos. Salgo con mi hija, compro mercadería, compramos gas (...)”. (I.)

La impronta exclusora de la sociedad biopolitizada se vuelve visible en los/as adultos mayores que tienen discapacidades motrices o mentales y en quienes tienen pocos o nulos recursos económicos. Es decir, al/la adulto mayor inactivo físicamente se lo/a inactiviza socialmente.

“Cuatro años con cataratas. PAMI no me daba la plata y nosotros no podíamos pagar. Así que esperando, esperando, esperando...”. (T.)

“Lo primero que quiero que me pongan una prótesis para caminar, siendo de PAMI quiero que me pongan: la pierna. Tiene que llevarme mi hija pero ella y mi yerno, me tienen como si yo fuera un hijo de ellos porque vienen cuando cobro no más”. (M, vive en un geriátrico)

En las mujeres (adultas mayores), la sexuación del poder opera al socializarnos bajo la consigna de negarnos a nosotras mismas, de no escucharnos, de no vernos porque toda la vida se nos exige *ser para otros*. Así las cosas, la subjetividad femenina se configura en medio de mecanismos psíquicos cuyo fin es la narcisización continua de los varones (González de Chávez, 1993). El cuento corto es que las mujeres somos formateadas para apuntalar o sostener la hombría masculina, para hacerles sentir siempre que *ellos lo tienen todo* y además *lo tienen grande*. El juego de poder patriarcal está dispuesto para garantizar la dependencia de las mujeres. La salud psíquica y emocional de estas queda atrapada por pautas de evaluación machistas. Nuestra estima personal no depende de la imagen que nosotras mismas nos proyectemos, sino de aquella que el otro (hijos/as, cónyuges, patrones, ministerios de gobierno, sacerdotes) nos introyectan.

“El amor sigue estando pero los tipos son demandantes. Viene el tipo y te dice [imposta la voz]: ‘¡Servime un café!’ O sea, yo no vengo de la calle y le pido a nadie que me sirva nada, porque a nosotras culturalmente nos han enseñado que nosotras no pedimos, hacemos”. (B.)

“Sí, muchísima discriminación para los adultos y para la mujer mucho más. Y creo que hay discriminación de la mujer desde las niñas hasta las viejas”. (N.)

1.2. LAS IDEAS EN CALZONCILLOS Y LAS VEJECES EN BOMBACHAS

Las relaciones de poder que cincelan tanto las ideas como las prácticas aprehendidas en las instancias de aprendizaje y socialización nos acompañan en la cotidianidad más básica. A saber, en las situaciones de salud-enfermedad-atención, en las sexualidades, en las raciones de alimento diarias, en los paseos por la vía pública, en la calidad y cantidad de atención médica, en los modelos de belleza de los afiches publicitarios. Como ya es tradición a las mujeres se nos excluye como sujetos/as autónomos pero se nos incluye como objetos, como complemento, como adorno. En medio de esta disputa exclusión/inclusión, vamos siendo las mujeres que *podemos ser*, acercándonos o alejándonos, en la medida en que *podemos* de las pautas de “buena conducta” que se nos imponen y de las violencias a las que se nos somete.

“Los varones envejecen mejor que la mujer porque al hombre no digamos que le resbalan las cosas, pero las toma de otra forma: como más liviana, más suave. En cambio, la mujer siempre se hace mucho más problema por todo”. (T.)

“El hombre no acepta la edad que tiene, no la va aceptando paulatinamente como la mujer, no acepta perder el mando con los hijos, no acepta perder su virilidad, no acepta perder sus posibilidades de dinero, no acepta sus limitaciones. Entonces, el hombre viejo vive mucho peor y más si está solo”. (G.)

Las ideas o *representaciones* son construcciones simbólicas que conforman las cosmovisiones sociales o, más precisamente, los *imaginarios sociales*. De este conjunto de ideas nos valemos las/os sujetos para interpretar, actuar, responder ante situaciones específicas (como las de los envejecimientos). Quepa la acotación, los imaginarios no constituyen un bloque sólido e inmutable, sino que son modificables porque son históricos.

“Los varones dan mucho trabajo, hay que tener mucha paciencia. Sí, llega un momento en que te fastidian por más que los quieras, porque son más absorbentes dependen más”. (R.)

¿Qué efectos tienen estas creencias en las vidas cotidianas de las adultas mayores? En primer lugar, ocurre con frecuencia que las mujeres asumimos el mandato de cargar con los procesos de envejecimiento y de salud-enfermedad-atención ajenos, desoyendo los propios, como si no fuese difícil, doloroso o cansador sobrellevar los achaques de nuestras propias vejez. El imaginario social dominante se retroalimenta de prácticas machistas. El recurso de la aparente inutilidad “natural” de los varones para las tareas domésticas, el de la victimización al mostrarse discapacitados motrices o mentales demandando cuidados exclusivos, incluso en desmedro de la salud de sus cónyuges u otras mujeres del hogar que asuman el rol de cuidadoras.

En segundo lugar, la creencia de que las mujeres “sabemos arreglárnoslas solas” suele inhabilitarnos para pedir ayuda y habilita a la gente de nuestro entorno a dejar que, efectivamente, nos las arreglemos solas; ese es uno de los motivos por los que se asocia la vejez con la soledad.

“Mis amigas se han muerto todas ya. Te vas quedando sola”. (S., vive en Italia, 86 años)

“Yo estoy depresiva. Yo entré en depresión por la vejez y la soledad!” (E.)

Tales representaciones que incorporan mujeres y varones suelen plasmarse en relaciones de pareja asimétricas en las que el varón adopta conductas egoístas impidiendo que la mujer disponga –sin culpas– de sus propios tiempo y cuerpo para disfrutar de lo que le plazca: pasear con amigas, visitar a familiares, asistir a las actividades de los centros recreativos.

En tercer lugar, este conjunto de prácticas e ideas, oprime tanto a varones como a mujeres al determinar la *forma* que tendrán las relaciones de pareja poniendo trabas a las

posibilidades de amarse y acompañarse desde posiciones iguales, no sólo en la vejez sino a lo largo de la vida. Mientras tanto, sabemos que el matrimonio es una más de las instituciones mitómanas de autoría heteropatriarcal de la que las mujeres salimos perjudicadas (o muertas).

“(…) nadie quiere una relación estable, cama adentro, alguien como para salir, pasarla bien sí, por supuesto, pero un tipo instalado en mi casa, o una serie de obligaciones, no”. (B.)



Foto: Colectiva Vulvalsur

1.3. OJOS QUE VEN, CORAZONES QUE SIENTEN

La subjetividad refiere a la forma en que las vivencias del proceso de envejecimiento se enlazan a la estructura psíquica de cada mujer y a dispositivos productores de sentido como los discursos sobre *cómo ser* una mujer (adulta, mayor, activa, lozana), los imaginarios sociales y los patrones de pertenencia de género y de clase socio-económica, entre otros. En las páginas venideras abordaremos idearios y prácticas vinculados a las sexualidades de las adultas mayores.

Una representación social fuertemente anclada en la sociedad es la de la presunta asexualidad de los/as adultos mayores. Prejuicio ya rebatido en virtud de que somos sujetos sexuados desde que nacemos hasta que morimos. Es más, si agudizamos el análisis,

advertimos que el “problema” no es con las sexualidades sino con el ejercicio de esta. Motivo por el cual resulta clarificador pensar qué características tienen quienes sí se presumen sexuados (¿los/as jóvenes, bellos, turgentes, ardientes?), con qué fines debieran ejercer sus sexualidades (¿la reproducción, el hedonismo?), qué instituciones machacan con tales ideas (¿los credos, el mercado, los medios masivos de comunicación?).

En nuestro país, estos prejuicios se suman a la intencional desinformación que hay en torno de las sexualidades y de sus ejercicios. Sacar del armario las experiencias vivenciales de los/as adultos mayores en relación al deseo sexual, al ejercicio de la sexualidad, a las formas que esta adquiere implica enfrentar el silencio y el manto invisibilizador que este arroja sobre prácticas que son humanas. Nada más y nada menos.

Los testimonios abajo muestran una aparente indiferencia o una suerte de banalización de las sexualidades por parte de las mujeres mayores. Las creencias machistas generan conductas sexuales alienantes, focalizadas en el coito, en el placer o en el apetito sexual del varón. El ejercicio sexo-erótico aparece tematizado en los varones, en el marco de una relación heterosexual y coitocentrada, como si no fuese relevante para las mujeres.

“Yo a esta edad, ya ni miro ni si es lindo o feo, si es culto, si trabaja, no trabaja, si tiene plata o no tiene, no, no, no. Como que no me llaman la atención ya los hombres. Por supuesto que tampoco me llaman la atención las mujeres pero... Es como que ya se acabó, ya pasó”. (P.)

“Sobre esto no puedo decir nada, hace 22 años que murió mi marido y no se me vienen ni siquiera a la cabeza esos asuntos!” (S., vive en Italia)

“Nosotras en la oficina somos casi todas mujeres y, además, todas mujeres solas, salvo una que está casada... Y, no, no, no sé si porque no interesa o porque... no, no”. (C.)

Comentamos arriba que, en el tratamiento que damos a los asuntos vinculados con las sexualidades, influye marcadamente la desinformación sobre el tema, por carente o por

sesgada, que resulta de la falta de soberanía y responsabilidad del Estado al haberla dejado/al dejarla en manos de la familia, la Iglesia Católica, los productos de pornografía sexista y un largo etcétera.

Solo en algunos casos, se percibe comprometida la subjetividad de la adulta mayor. Al compás del mandato de heteronomía que recae sobre las mujeres, la vida sexual es ajena, es del otro y está en función del otro (masculino). Es evidente cómo las mujeres entrevistadas abandonan el relato en primera persona y adoptan las desinencias de la tercera, expresando la idea de “pérdida” para otros y no para sí. Es el varón quien pierde el ejercicio de la sexualidad en relación a la mujer como si esta no la hubiese vivenciado nunca o como si la hubiese “perdido” antes.

“Es difícil tratar el tema sexual, sobre todo para la gente de mi generación. La mayoría de mis amigas a los 70 ya son viudas, separadas, solteras, o sea vida sexual nula. Las que tenemos marido depende mucho de las condiciones físicas del marido. Además el deseo sexual es poco intenso, pero cuando hay relaciones son buenas y posibles (aunque poco frecuentes)”. (P.)

“El varón (...) pierde su virilidad... Que eso para las mujeres es... mucho más... En cambio para el hombre, para la mayoría, hay hombres que son inteligentes y entienden que llega una edad y que se les acabó el asunto”. (M.)

Parfraseando a Anna Freixas (1991), decimos que hacia la vejez adviene una reconfiguración de la dimensión psíquica del cuerpo, una reelaboración psíquica de la imagen de sí y de la relación con el propio cuerpo. Esto implica el ver y oír los cambios que el paso de los años produce en los cuerpos. Este ida-y-vuelta entre el cuerpo y la imagen que nos hacemos de él implica un trabajo psíquico que las mujeres afirman hacer con más naturalidad y habilidad que los varones. Esta reconfiguración corpóreo-mental se elabora en la psiquis de mujeres insertas en una sociedad que tiene por modelo de belleza a la mujer joven y, en consecuencia, desecha la eroticidad del cuerpo avejentado o de alguna de sus partes señaladas por las propias adultas mayores como herramienta de seducción como la cabellera. De ahí

que en la mayoría de los testimonios subyazca una relación relajada con el cuerpo. Pareciera ser que las adultas mayores están más tranquilas con su imagen física porque ya no tienen la presión de ser bellas según cánones de belleza que les son ajenos. Esta regularidad es más constante a medida que se tienen más años. Así, ellas ironizan con su imagen, son optimistas salvo en los casos en los que se tiene conciencia de alguna afección física invalidante.

“Tengo que aceptar que tengo mis años, lo importante es cómo me sienta yo en relación a los demás”. (T., 65 años)

“Yo me veo bien todavía en el espejo. Y me admiran, me tienen como una vieja que no manifiesto la edad que tengo, pero los años los tengo. (...) Soy una mujer grande y se me ve una loca con el pelo largo una mujer grande ya no puede vivir llamando la atención y buscando candidatos.” (C., 86 años)

“Se pierde cabello con los años y al estar corto, la falta de cabello se nota menos. También es más práctico y ya no nos interesa seducir a nadie con una melena larga. Además, las viejas con pelo largo se ven ridículas”. (P., 69 años)

Hay en órbita un conjunto de ideas relacionadas con la practicidad o comodidad como criterio estilista sobre las cabelleras. No se niega que los cabellos largos alguna vez fueron para admiración propia pero también eran un atributo muy importante para los otros. Como describe Fernández (1993), en Argentina está vigente la idea de la mujer-bruja que, a su vez, se suma a la de mujer-puta, mujer-loca, mujer-vieja. Pareciera que en “la mujer” se personificasen todos los males de la humanidad. El resultado es un nutritivo cóctel de ideas negativas sobre las mujeres que alimenta a la misoginia social y a las prácticas que esta genera.

“Yo lo uso corto realmente por comodidad”. (R.)

“Culturalmente, no pueden tener el pelo largo, vieja ridícula con pelo largo”. (E.)

“El pelo largo y blanco, las canas se parecen a brujas, se tendría que superar también esto pero déjennos la libertad de hacer con las canas lo que queramos”.
(F., vive en Italia)

Antes de finalizar este apartado, propongo una al asunto de la soledad y de la vejez para realizar algunas precisiones. La sensación de soledad suele referir a la ausencia de sujetos/as vinculados afectivamente con las mujeres adultas mayores. No obstante, cuando hay una presencia excesiva, invasiva de afectos (los/as nietos) o de “desconocidos” (convivientes en geriátrico), se oye una demanda constante de momentos y espacios de privacidad.

“Mis nietos se escapan de la casa cuando se les pide que no salgan a la vereda. Un descuido y uno sale por allá el otro por allá ¿Y? ¿Y yo no valgo? Me gusta estar en mi casa, tranquila, como ser ahora así calladita”. (I.)

“(…) antes de que mi nieto se vaya tengo que darle de comer, que es una cosa que hay que tener paciencia... En cambio, me gustaría estar sentada leyendo. Pero con la criatura no. No puedo ver televisión porque el niño tiene que ver dibujos animados, ¿ves cómo te limitan ahí? Te van limitando”. (G.)

A la ausencia de privacidad que denuncian las mujeres que viven en geriátricos se agrega la no tenencia de la potestad sobre el propio cuerpo ni sobre el resto de los objetos (baño, muebles, ropa). Puedo afirmar que en torno de los geriátricos actúa la representación de un no-lugar. Es decir, la estancia en este tipo de albergues implica un proceso de enajenación y pérdida que, en nuestro contexto socio-cultural – genera/generaría sensación de soledad (a cualquier sujeto/a).

“Ya no manejo el tiempo, nos dicen cuándo almorzar, cuándo levantarnos, cuándo merendar, cuándo ver televisión...” (C. vive en un geriátrico, 82 años)

“Me siento un poco triste, amargada. Lo que me veo que no tengo lo principal que tenés que tener: tu techo, tus cosas. Ahora no tengo nada, ni un vaso para tomar agua” (M. vive en un geriátrico, 82 años)

El capitalismo heteropatriarcal se da múltiples estrategias estructurales y coyunturales para reacomodarse y reproducirse en el marco de condiciones históricas que los/as sujetos vivenciamos no siempre, ni necesariamente, de forma acrítica. En los discursos de las adultas mayores sobre sus envejecimientos encontramos signos de insubordinación muy a pesar del obrar incesante de instituciones como el mercado, los medios masivos de comunicación, las religiones o el Estado. Advirtamos que los dos primeros han contribuido, abundantemente, a la construcción de ideas peyorativas sobre el envejecimiento y los/as adultos mayores al ridiculizarlos, fragilizarlos e infantilizarlos. Los productos vinculados al envejecimiento suelen limitarse a baterías de cosméticos, medicamentos y tratamientos anti-edad, prendas íntimas para la incontinencia, seguros de vida que incluyen promociones especiales de gastos de sepelio o paquetes de “veraneo” en la costa para el mes de marzo u octubre, entre otras.

“Los mitos sobre las etapas de la vida son resultado de procesos históricos de distribución y apropiación desiguales de bienes (materiales, simbólicos y eróticos). Por suerte, es suficiente participar de las vejeces propias y ajenas para re-significarlos.”

Mientras que las religiones y el Estado también han hecho lo suyo. Las primeras, al imponer ideas catastróficas sobre la muerte con un precepto: cubrirla de un halo de tinieblas y misterio que solo es posible disipar observando mandatos que van a contramano de la vida terrena. El segundo, tolerando y, a veces, alentando a que el mercado, los credos y los medios masivos den forma y deformen los proceso de envejecimiento. Las consecuencias para los/as sujetos, en general, no se alejan de los caminos del miedo, la invisibilización o negación de las propias vejeces. Pero están.

Sí, están.

Están los procesos de transformación social que nos muestran cómo los/as sujetos hemos sido y somos capaces de politizar nuestras prácticas, nuestros deseos, nuestras ideas, nuestras necesidades; generando condiciones nuevas para vejez alternativas.

Sí, están.

Están los/as adultos mayores con sus rebeldías, con sus desobediencias –mal percibidas como caprichos –, con sus contra-mensajes y sus prácticas. Los mitos sobre las etapas de la vida son resultado de procesos históricos de distribución y apropiación desiguales de bienes (materiales, simbólicos y eróticos). Por suerte, es suficiente *participar* de las vejez propias y ajenas para re-significarlos.



Foto: Colectiva Vulvalsur

CONCLUSIÓN PARCIAL

Como mencionamos al comienzo del artículo, este escrito es parte de una investigación más amplia que tiene tres dimensiones interrelacionadas de análisis (*sociabilidad, corporalidades y temporalidades*). En esta ocasión solo nos centramos en la dimensión *sociabilidad* y las conclusiones apuntan a ella.

Vamos a llamar “sociabilidad residual” a las formas que adquieren algunas relaciones sociales a través del proceso de envejecimiento. Sobre las adultas mayores recae un conjunto de licencias y prohibiciones latentes o manifiestas, que determina los límites y las formas de la sociabilidad de estas; volviéndola, prácticamente, residual. El núcleo duro de

representaciones peyorativas sobre las mujeres y sobre los procesos de envejecimiento (re)produce discriminación e invisibilización de la diversidad de vejez y de las propias viejas en las esferas estatales, familiares, públicas y privadas. Además, los criterios discriminatorios se vinculan con las trabas de acceso y permanencia en el mercado de trabajo para la población envejeciente. Dichas trabas afectan también a otros ámbitos vinculados con la reproducción de la vida social e incluyen la fragilización, la infantilización, la deserotización del cuerpo envejecido, la parálisis participativa, entre otros. Así, salvando algunas excepciones, observamos que el espacio-tiempo conyugal, filial, familiar, social y estatal destinado a las adultas mayores es el residuo de aquel ocupado por los/as sujetos “activos” –(re)productivamente–, de facto o en potencia.

BIBLIOGRAFÍA ESPECÍFICA

BELLUCCI, Mabel y FERNÁNDEZ, Ana (1992). *Las mujeres en la Imaginación*

Colectiva. *Una Historia de Discriminación y Resistencias*. Bs As: Ed. Paidós.

BLEICHMAR, Silvia (2003). “Acerca de la subjetividad”. Material elaborado por la

autora para la cátedra de Psicología de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario. Rosario, Argentina. Recuperado el 05 de diciembre de 2017, de:

seminario-rs.gc-rosario.com.ar/files/Conf-SBleichmar-30-07-03.pdf

BORDELOIS, Ivonne (2009). *A la escucha del cuerpo. Puentes entre la salud y las*

palabras. Buenos Aires: Ed. Libros del Zorzal.

BOURDIEU, Pierre (1990). “Espacio social y génesis de las ‘clases’”. En P.

Bourdieu, *Sociología y Cultura* (pp. 281-309). Trad. de Martha Pou. México: Ed. Grijalbo.

- CASTORIADIS, Cornelius, “La alienación y lo imaginario”. En C. Castoriadis, La Institución Imaginaria de la Sociedad: Marxismo y teoría revolucionaria (pp. 227–235). Vol. 1. Barcelona: Ed. Tusquets.
- ENGELS, Friedrich y MARX, Karl (2007 [1894]) El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. Buenos Aires (2007).: Ed. Luxemburg.
- FERNÁNDEZ, Ana (1993). La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- FOUCAULT, Michel (1987). Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber. México: Ed. Andrómeda.
- FOUCAULT, Michel (2007). “Nacimiento de la biopolítica”. Curso en el Collège de France, 1978-1979. Buenos Aires: Ed. Fondo de Cultura Económica.
- FOUCAULT, Michel (1992). “Las relaciones de poder penetran los cuerpos”. En M. Foucault, Microfísica del poder (pp. 156-165). Trad. por de Julia Varela y Fernando Álvarez Uría. 3ª edición. Madrid: Las Ediciones de la Piqueta.
- FOUCAULT, Michel (2006). Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978). Buenos Aires: Ed. Fondo de Cultura Económica.
- FREIXAS, Anna (1991). “Autopercepción del proceso de envejecimiento de la Mujer”. Anuario de Psicología (nº 50) (pp. 67-78). Facultad de Psicología, Universidad de Barcelona.
- FREIXAS, Anna (1997). “Envejecimiento y género: otras perspectivas necesarias”. Anuario de Psicología (nº 73) (pp. 31-42). Facultad de Psicología, Universidad de

Barcelona.

GASCÓN, Silvia, GOLPE, Laura, y FASSIO Adriana (2007). *Vejez y Pobreza en la*

Argentina: La visión de las Personas mayores. Buenos Aires: Ed. ISALUD.

GONZÁLEZ de CHÁVEZ, María (1993) “Conformación de la Subjetividad

Femenina”. En M. González de Chávez, *Cuerpo y Subjetividad Femenina* (pp. 71-122). Madrid: Ed. Siglo XXI S.A.

HARNECKER, Marta (2005). *Los conceptos elementales del materialismo histórico.*

México: Ed. Siglo XXI S.A.

MIZRAHI., Liliana (2011). *Mujeres libres y crímenes sociales: La penalización del*

aborto y la aceptación del abuso. Bs. As. M Ediciones.

YUNI, José y URBANO, Claudio (2011). *Esos cuerpos que envejecen:*

representaciones y discursos culturales de la vejez. Bs As: Ed. Brujas.

YUNI, José, URBANO, Claudio y ARCE María (2003). *Discursos Sociales sobre el*

cuerpo, la estética y el envejecimiento. Córdoba: Ed. Brujas.